

FAMILIAS Y DESPLAZAMIENTOS FORZADOS ENTRE ESPAÑA Y LA ARGENTINA EN NARRATIVA DE MUJERES SOBRE MIGRACIÓN Y EXILIO INFANCIA Y ADOLESCENCIA EN TORNO A PRÓTESIS DE CONSANGUÍNEOS Y FILIACIONES SOBREVENIDAS

FAMILIES AND FORCED DISPLACEMENTS BETWEEN SPAIN AND ARGENTINA IN WOMEN'S NARRATIVES ON MIGRATION AND EXILE CHILDHOOD AND ADOLESCENCE AROUND CONSANGUINEOUS PROSTHESES AND SUPERVENING FILIIATIONS

MARIELA SÁNCHEZ*
msanchez@fahce.unlp.edu.ar

La narrativa ofrece un ámbito susceptible de dar cabida a la expresión de experiencias de desplazamientos forzados por medio de la elaboración literaria de una memoria de lo vivido como migración o exilio, así como también de sus consecuencias. En este tipo de manifestación verbal prevalecen las llamadas *escrituras del yo*, pues permiten la transposición de la vivencia en relato experiencial. Dichas textualidades, pese a centrarse en un sujeto concreto que protagoniza episodios de extrañeza y desacomodamiento, echan luz sobre grupos sociales aledaños a quien es objeto principal de la narración. En esta línea, las familias constituyen un universo complejo, capaz de permitir el descubrimiento de aspectos importantes involucrados en los desplazamientos territoriales e identitarios implicados en las situaciones de radicación en otro país y sus efectos sobre las infancias y adolescencias.

Serán considerados los textos de creación *Estuvimos cantando* (María García Campelo, 2015), *Aurelia quiere oír* (María Rosa Iglesias, 2019), *La abuela civil española* (Andrea Stefanoni, 2014) y uno de los relatos de *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (el correspondiente a Marisa González de Oleaga, 2019, “En tierra de nadie / Todo lo que era mío”).

Palabras clave: España; Guerra Civil española; Argentina; dictadura cívico-militar 1976-1983; desarraigo; relato.

Narrative offers a field susceptible to allowing the expression of histories of forced displacement through the literary elaboration of a memory of what has been experienced as migration or exile, as well as its consequences. In this type of verbal manifestation, the so-called writings of the self prevail, as they allow the transposition of the experience into an experiential narrative. These textualities, despite focusing on a specific subject who is the protagonist of episodes of

* Profesora adjunta del área de Literatura española, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, e investigadora asistente en CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), La Plata, Argentina. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7960-6261>

estrangement and discomfort, shed light on social groups surrounding the main subject of the narrative. In this regard, families constitute a complex universe, capable of allowing the discovery of important aspects involved in the territorial and identity displacements that result from a family's settling in another country and the effects these have on childhood and adolescence.

We will consider the texts *Estuvimos cantando* (María García Campelo, 2015), *Aurelia quiere oír* (María Rosa Iglesias, 2019), *La abuela civil española* (Andrea Stefanoni, 2014) and one of the stories of *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (Marisa González de Oleaga's, 2019, "En tierra de nadie / Todo lo que era mío").

Keywords: Spain; Spanish Civil War; Argentina; civic-military dictatorship 1976-1983; uprooting; story.

Data de recepção: 26-01-2024

Data de aceitação: 30-05-2024

DOI: 10.21814/2i.5608

1. Narrativa y desplazamientos forzados¹

Los desplazamientos impulsados por motivos económicos, políticos, por la potenciación de ambos factores o por el peso de otros que se suman a los dos primeros, por lo general establecidos como causas principales de migraciones y exilios, afectan de manera más contundente y traumática a quienes no han tenido parte en una decisión de esa envergadura y que, conscientes del desarraigo, aunque sin poder explicarse del todo el por qué, se lo plantean y problematizan. O lo hacen muchos años más tarde de ocurrido el desplazamiento, a través de, por ejemplo, elaboraciones literarias como las que analizaremos aquí.

La narrativa ofrece un ámbito susceptible de dar cabida a la expresión de experiencias de desplazamientos forzados por medio de la elaboración literaria de una memoria de lo vivido como migración o exilio, así como también de sus consecuencias. En este tipo de manifestación verbal prevalecen las llamadas *escrituras del yo*, pues permiten la transposición de la vivencia en relato experiencial. Dichas textualidades, pese a centrarse en un sujeto concreto que protagoniza episodios de extrañeza y desacomodamiento, echan luz sobre grupos sociales aledaños a quien es objeto principal de la narración. En esta línea, las familias constituyen un universo complejo, capaz de permitir el descubrimiento de aspectos importantes involucrados en los desplazamientos territoriales e identitarios de situaciones de radicación en otro país y sus efectos sobre las infancias y adolescencias.

Cuando las décadas continúan pasando y la memoria comunicativa, aquella que demanda contemporaneidad/sincronía para una transmisión generacional (Assmann, 2008), deja de ser viable por cuestiones cronológicas, la memoria cultural, en este caso en forma de literatura, reabre vías de abordaje de episodios determinantes de un pasado que ha dejado huellas no siempre evidentes. Esto desafía incluso coyunturas políticas que operen para dar por tierra con cualquier ejercicio de memoria.

Parecería (...) que la memoria continua y transhistórica de la colectividad se hubiera roto definitivamente. Pero no. Se sigue transmitiendo (...). No parece extraño, no parece típico y sin embargo está ahí. En el territorio de la infancia (Díaz Viana, 2008, p. 49).

Este artículo se enfoca en el eje de reflexión “Narrativas de migración” y despliega el análisis de una serie de problemáticas que demandan sobre todo la concentración en los textos literarios, por lo cual no se abundará en citas de autoridad ni en una sobrecarga teórica, sino en la inmersión en estrategias narrativas.

Resulta de rigor mencionar que los procedimientos de literaturización de experiencias migratorias reelaboradas con posterioridad a los hechos suelen estar encabalgados entre dominios que, sin echar mano de una tradición literaria específica, describen procesos de iniciación, aprendizaje, inmersión, aculturación, o bien las disonancias y fricciones frente a todos esos procesos. Hay, entonces, alguna asimilación a lo que se conoce en la teoría literaria como *Bildungsroman* o novela de formación y, en algún sentido, también es

¹ Este trabajo se inscribe en los proyectos de investigación “Identidad y desplazamientos: mujeres de Argentina y España en tramas bélicas, migratorias, exílicas e identitarias de los siglos XX y XXI. Literatura y otras textualidades para un tratamiento interseccional”, PID de la UNLP H-1049, dirigido por mí y codirigido por Virginia Bonatto, y “Diálogos transatlánticos: Argentina y España. Lecturas y revisiones críticas (1980-2021)”, PICT 2021-0783, dirigido por Raquel Macchiuci.

perceptible cierto parentesco con la literatura de viajes. Ahora bien, la presente investigación nos demuestra que se trata de textualizaciones que se balancean entre pertenencias sin decantarse del todo por ninguna. El carácter fronterizo alcanza factores territoriales de los desplazamientos, pero también espacios de desenvolvimiento y características de las narraciones permeables a esas historias:

lo fronterizo hace alusión a un espacio de configuraciones problemáticas y zona de tensión, donde temas de índole histórico, cultural e identitario se cruzan para evidenciar un conflicto estético visible desde siempre en las novelas de formación (*Bildungsroman*, historias de viaje), y registrado recientemente por nuevas corrientes del cine y la narrativa que responden de manera sensible a lo dramático de las catástrofes políticas, sociales y humanas (tanto en los periodos de dictadura, como en los conflictos actuales de desplazamiento masivo). Por esta razón, los espacios y trayectos se convierten en topos de la subjetividad migrante, y estudiarlos en un contexto narrativo traza rutas de análisis que, en la línea de registros discursivos literarios y estéticos, genera una producción simbólica (Alzate, 2019, p. 141).

1.1. Metodología de análisis

En primer término, serán explicitadas tres observaciones atinentes a un estado de la cuestión pasibles de ser aplicadas a desplazamientos de mujeres de España a la Argentina y de la Argentina a España en distintos momentos del siglo XX, en edades de vulnerabilidad o de, al menos, exposición a mandatos y determinaciones en cierto grado foráneas, no reconocibles como propias.

En segundo término, se procederá a la descripción y al análisis de casos de textos literarios en los cuales se tematiza y aborda la problemática de desplazamientos geográficos que afectaron a niñas y a una adolescente, en el marco de decisiones del grupo familiar en las que no tuvieron parte. El tratamiento de este tipo de literaturización, por ser *escrituras del yo* en las que se desbroza la trama de interacciones y conflictos familiares de implicación en procesos migratorios y exílicos, demandará algún tipo de síntesis argumental a los efectos de iluminar planos difícilmente discernibles sin el andamiaje de una explicación que proporcione contexto. De todos modos, toda alusión al desenvolvimiento de los respectivos textos literarios estará en función de analizar un arco que va desde tensiones, desilusiones y sentimientos moderados de malestar hasta sensaciones de soledad, aislamiento, incompreensión o falta de protección.

Los textos literarios considerados constituyen una muestra significativa de situaciones clave para la problematización de aspectos que en la historia de los desplazamientos geográficos motivados por razones económicas y/o políticas suelen pasar un tanto desapercibidos, asumiéndose como males menores frente al caso extremo de riesgo de vida, persecución o bien falta de seguridad, libertades y bienestar familiar y social. Las causas e incidencias que orbitan en torno a las infancias migrantes son múltiples y muchas veces se superponen y entran en intersección².

Aspiramos a dar cuenta de una vía de expresión que convoca la valiosa puesta en palabras de historias de desarraigo, a cargo de las propias protagonistas y mediante la transposición de las niñas o adolescentes que fueron, con especial foco en sus familias,

² La mera contemplación de los campos de intersección conlleva una complejidad que demanda investigaciones especializadas por parte de diferentes áreas, pues se trata de fenómenos complejos, extensos y, a la vez, portadores de particularidades muy situadas: “En las migraciones internacionales, las clasificaciones de género, clase, origen nacional, raza, etnicidad, edad, condición migratoria y religión pueden incidir directamente en la vida cotidiana de niñas y niños e influir de manera determinante en su acceso a derechos y oportunidades, así como en las situaciones de privilegio o de exclusión que de ellas se derivan” (Villeda Erazo, 2023, p. 19).

en desarticulaciones de su conformación y en resquebrajamiento de lo que se suele esperar de ellas en cuestiones de acompañamiento y amparo.

En tercer término, se arriba a una conclusión derivada de esta exploración, que lleva a vislumbrar una necesaria continuidad.

2. Las familias en tensión

Existen relatos que entronizan vínculos de pertenencia y reconocimiento. Eso tiende a estancar la concepción de las familias cristalizándolas en una configuración idealizada. Otros relatos, en cambio, muestran perspectivas menos tranquilizadoras, incómodas y, llegado el caso, dejan entrever situaciones serias o graves. Esto último no es demasiado frecuente en las narrativas de migración entre la Argentina y España, o al menos no lo venía siendo en las tradicionales historias de superación centradas sobre todo en hombres, que acostumbraban aludir a obstáculos, avatares y logros en el camino de “hacerse la América”; pero justamente cuando emergen vínculos disruptivos o que conllevan algún tipo de tensión, se incrementa la posibilidad de indagar en develaciones que la literatura pone en evidencia. Adscribimos a la tesis de que

ante lo innombrable, la denotación indirecta (escritura que se apoya en la elipsis, en ambigüedades y paradojas) tiene potenciales ideológicos reforzados que permiten, no sólo superar la censura y la autocensura, sino también crear un registro artístico fuertemente codificado para la preservación social de la memoria histórica plural (Deffis, 2010, p. 19).

El antedicho postulado de Emilia Deffis servirá como piedra de toque para el arribo, en nuestro corpus, a verdades habitualmente escatimadas o dichas en voz baja, revelaciones y opiniones que la denotación indirecta de la escritura favorece.

Enunciamos ahora algunas observaciones que pueden aplicarse a un estado de la cuestión reconocible en desplazamientos de mujeres de España a la Argentina con posterioridad a la Guerra Civil española (1936-1939) y de la Argentina a España en el contexto de la última dictadura cívico-militar (1976-1983):

a) Las migraciones durante la infancia y la adolescencia tienden a ser percibidas como procesos de desplazamientos forzados y, si bien no todas entran en la categoría de *exilio*, suele primar un sentimiento de que ese *estar en otro sitio* es algo que no se eligió o que, al menos en determinados momentos críticos, se sigue sin elegir³. Este punto amerita una cita literaria, extraída de uno de los textos narrativos con los que ilustraremos los postulados principales del artículo. Veamos cómo se define y cómo se hermana a las infancias transterradas en una experiencia que se reconoce impuesta. El hermanamiento no responde a vínculos de sangre sino a identificación en sentimientos de exclusión:

En esa trashumancia, en esa extranjería, se hermanaban los rubios de adelante y los morochos del fondo, los adultos y los chicos. Todos expulsados, arrancados de su mundo por la realidad social –o la realidad política, o la realidad que fuese– que se les imponía.

Una realidad que convierte al niño emigrante en exiliado. Él no elige, él no decide. Sólo acata. Y en ese acatar fermenta el resentimiento contra los padres. Rencor del que deberá preservarse ocultándolo (...) incluso de sí mismo. Rencor del que se redimirá únicamente si la vida le ofrece la oportunidad de comprender la inocencia de quienes en realidad fueron víctimas (Iglesias, 2019, p. 97).

³ Esto no supone, por supuesto, un juicio de valor sobre la búsqueda encarada por los padres que, como tantos, en el corpus que nos ocupa, han emprendido un desplazamiento transatlántico y la consecuente movilización de toda la familia sobre la base de intenciones de protección, mejora socioeconómica y/o calidad de vida.

b) Las expresiones despectivas que señalan determinadas procedencias geográficas y nacionalidades son una forma de violencia discriminatoria de larga data que sigue sin recibir la atención suficiente, lo cual da cuenta de una muy acotada concientización⁴.

c) Los procesos migratorios en la infancia y la adolescencia movilizan mucho más que lo concerniente al obvio desplazamiento geográfico y llegan a convivir con búsquedas y desplazamientos más íntimos, como, por ejemplo, en materia de identidad.

A continuación, una serie de pasajes narrativos que expresan brechas familiares y que, pese a corresponder a narraciones de experiencias de migración de España a la Argentina de mediados del siglo XX, actualizadas en un acercamiento literario desde comienzos del siglo XXI, pueden echar luz sobre episodios más recientes o extrapolarse, con las especificidades del caso, a otros ámbitos de desplazamiento o a la dirección geográfica opuesta, por ejemplo, de la Argentina a España, según el momento político y socioeconómico que estemos contemplando. De hecho, tomaremos tres casos de migración de España a la Argentina y un ejemplo del sentido de desplazamiento.

Serán considerados los textos de creación *Estuvimos cantando* (María García Campelo, 2015), *Aurelia quiere oír* (María Rosa Iglesias, 2019), *La abuela civil española* (Andrea Stefanoni, 2014) y uno de los relatos de *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (el de Marisa González de Oleaga, 2019, “En tierra de nadie / Todo lo que era mío”).

3. Análisis de casos

3.1. Memoria de un saqueo (familiar) en *Estuvimos cantando*, de María García Campelo (2015)

En la novela autorreferencial breve *Estuvimos cantando*, la autora, María García Campelo, literaturiza a la niña migrante que fue y actualiza, ficcionalización mediante, episodios previos, contemporáneos y posteriores a su traslado de Galicia a la Argentina durante la posguerra civil española del XX.

García Campelo aborda desde el siglo XXI acontecimientos individuales y familiares del siglo XX, en una primera persona de singular que semeja ser la de la niña migrante. Esta técnica favorece una elaboración signada por el extrañamiento propio de la mirada adánica. Bajo esa lente, los familiares, tanto los más cercanos –los del núcleo que emigra con ella y los del grupo que lo ha hecho poco tiempo antes–, como aquellos a quienes la niña conoce del otro lado del Atlántico, quedan expuestos y muestran torpezas, desidia, frialdad, envidia y todo un amplio abanico de bajezas.

Un sintagma de sentido popular muy extendido reza que “las comparaciones son odiosas”. Queda claro, no obstante, que existen y que la tendencia a establecerlas es frecuente en determinadas etapas. Entre las niñas y las adolescentes, se producen cotejos constantes. A medida que transcurre el crecimiento, surgen comparaciones entre vivencias, sin excluir competencias que contemplen partes del cuerpo, vestimenta, gustos musicales, niveles de popularidad y aceptación. En el caso de niñas migrantes, se añaden parámetros de comparación proclives a ahondar sentimientos de no pertenencia.

⁴ El apelativo “sudacas”, por ejemplo, con el que se produce en la cotidianidad una de las estigmatizaciones con las cuales se busca ofender la condición migrante de Sudamérica a España, es de larga data y, así como otras etiquetas de esta índole han proliferado en otras latitudes y en trayectorias de desplazamientos, hay un vacío de profundización y de toma de conciencia de los daños que puede imprimir.

En estos textos, a veces se tematiza algo tan elemental y complejo como la puesta en cuestión de la lengua materna. Al producirse el desplazamiento a otro sitio, se desacomoda también un sistema de referencias con el que las niñas nombraban antes un mundo conocido. No solo deben pasar a nombrar un nuevo entorno sino, además, cuidarse de no exponerse demasiado, pues serán sometidas a burlas. Eso no queda solo en un efímero riesgo de incomprensión que se resolvería con preguntar; deja marcas, hace estragos en la personalidad.

En el capítulo “Los parientes”, la protagonista de *Estuvimos cantando* –la niña cuya identificación con la autora no se explicita, pero queda muy clara, ya desde la inclusión de una fotografía suya en la portada– es sometida a comparación con una sobrina en segundo grado, argentina, que tiene su edad. Esa parienta no ha llegado de un desplazamiento transatlántico forzado y, por tanto, no está teniendo que adaptarse a un entorno, a un barrio y a un sistema educativo. La protagonista debe aclimatarse a esa nueva parentela con la que no ha compartido nada antes, a la que ni siquiera conocía y la cual, como punto máximo de atrevimiento, despoja a la recién llegada de bienes preciados por ella:

La hija de mi prima se llama Irma; es de mi edad (...). No nos llevamos bien, es muy caprichosa. Mi prima la consiente. Además, nos compara. Es claro que su hija sale ganando siempre. Le da consejos a mamá de cómo debe educarme. Parece que piensa que hemos venido de una cueva en la montaña (García Campelo, 2015, p. 117).

La convivencia con esas mujeres que no muestran solidaridad se vuelve más ardua cuando se sufre marginación:

Los días siguientes son de: aquí eso no se usa, aquí eso no se dice, aquí eso no se hace, eso es de gallegos atrasados. Irma no quiere ni que me acerque a ella. No me deja comer la fruta que se ha caído de los árboles de la quinta de mi tío, su abuelo. Tampoco quiere que salga a la tardecita, a jugar con ella y sus amigos; dice que no hablo bien, que digo coge en vez de agarra y los niños se ríen (García Campelo, 2015, p. 117)⁵.

Es de notar que tanto los familiares del núcleo más cercano como aquellos que sobrevienen como una familia a la fuerza, al producirse la migración, decepcionan a la narradora-protagonista, aquella que tiende explícitos puentes con la infancia de desplazamiento de la autora. El capítulo “Los parientes” es una muestra clara porque añade un despojamiento flagrante pero además reduplica la percepción de desconcierto, ajenidad y desilusión que se desprende de la observación de los padres, de quienes no podemos negar que deseen su bien, pero de quienes también debemos decir que, según se puede observar desde el punto de vista de la niña, dejan bastante que desear.

Los padres de la protagonista decepcionan porque demuestran una reacción, con amenazas apenas veladas, que la pequeña –mediada, como es obvio, por la elaboración literaria adulta que da forma a esa narradora-protagonista– detecta como algo cruel. Una hermana adolescente, Miluca, ha quedado embarazada, da a luz a un niño y los padres de la narradora crían a ese niño como un hijo más que como un nieto. Para la narradora innominada es, entonces, un hermanito más que un sobrino. Hasta allí, todo podría percibirse como un apoyo afectuoso y logístico frente a la maternidad temprana de la hermana adolescente. Hay, no obstante, una trama de manejos psicológicos que, en virtud

⁵ Aunque está bastante extendido este sentido coloquial, cabe comentar que “coger” puede sonar en la Argentina como una forma poco cuidadosa de referirse a mantener relaciones sexuales. Por lo general, la expresión se utiliza como la versión local de “to fuck”.

de proteger la falta de experiencia y la corta edad de los progenitores del pequeño, impone un alejamiento forzoso, apelando a estrategias cuestionables.

Los adultos –todavía en España, como la niña narradora-protagonista que podemos suponer homónima de la autora– alientan el hecho de que la madre biológica del pequeño emigre a América con un hermano. Posteriormente, esos mismos adultos retienen todo el tiempo posible al niño, hasta que la joven madre, Miluca, insiste y reclama, cada vez más firme, que no seguirá lejos de su hijo. Es sobre todo a partir de esa instancia que se concretará la migración hacia la Argentina de los padres, la narradora-protagonista y otra hermana que, al igual que ella, tampoco quiere marcharse. Un agravante de toda esta situación es que el padre biológico del niño no quiere renunciar a la paternidad, pero los padres de su novia lo alejan, al punto de que mueven influencias para que el joven se vea amenazado y corra riesgo de que su servicio militar, en pleno franquismo, se extienda más allá de lo que corresponde.

Los ídolos de la protagonista se van cayendo poco a poco. Es parte de una elaboración necesaria, un distanciamiento que le proporciona independencia. Es también desencanto porque descubre que aquellos que están a cargo de su protección, cuidado, guía y educación exhiben contradicciones, inseguridades, bajezas y descuidos.

Probablemente el episodio más extremo en materia de desmoronamiento de confianza, por impactante y simbólico, es el de una amputación. En un accidente –el padre había enviado a la niña a buscar agua, insistiendo en la orden a pesar de que ella no tenía voluntad o se hallaba cansada–, ocurre que, por una caída desafortunada, parte de un dedo de una mano resulta cercenado. El padre queda al borde del desmayo y con evidente sentimiento de culpa. La narradora-protagonista lo cuenta, en consonancia con el tono general del libro, con bastante calma, en tanto observadora adánica de una realidad que, como tantas otras, le toca aceptar y atravesar (como le tocará sufrir la emigración y el “saqueo” por parte de sus familiares argentinos), pero algo más se ha cercenado.

El accidente, más allá de lo físico, tiene consecuencias inesperadas, incluso para la burocracia migratoria. En un pasaje un tanto críptico, durante la realización de los trámites para migrar de Galicia a la Argentina, el funcionario a cargo señala que la niña no podrá viajar con el resto de la familia porque no ha sido declarado el detalle físico de la mano. Resulta bastante llamativo –si bien queda sin desambiguar– el comentario de ese hombre, que parece dispuesto a quedarse con la niña hasta que se solucione la situación de papeleo. La protagonista no acusa recibo de ningún tipo de riesgo ante la situación y, de hecho, no la sufre; se alegra ante la posibilidad de tener que quedarse, la toma como una oportunidad para permanecer más tiempo en su mundo conocido, del cual no se quiere desprender.

Cada uno de los detalles suman cuestiones que atañen a la situación familiar y a los comportamientos contradictorios de los adultos: la madre, que le había prohibido escoger su muñeca favorita y viajar con ella, con el argumento de que no había sitio, le termina regalando una muñeca nueva que va a servir de camuflaje para ocultar la amputación. Es interesante como, tanto en los avatares cotidianos como en el propio cuerpo, la protagonista ve los rastros de consecuencias del mundo adulto, que acata y sobrelleva, como acatará y sobrellevará, muy a su pesar, el desplazamiento forzado.

3.2. *Aurelia quiere oír* (María Rosa Iglesias, 2019) y la identificación imposible. Vergüenza por haber sentido vergüenza

Las niñas gallegas literaturizadas en estos textos han optado en muchas ocasiones por la vía de quedarse aparte para no tener que lidiar con un agregado de hostilidades que les

tornasen aún más difícil la inmersión en lo nuevo. Y en otras ocasiones, han sido expulsadas por sus pares.

La incompreensión –de códigos, de complicidad, de reglas– es otra gran zona en la que las niñas migrantes recapituladas en literatura manifiestan haberse sentido excluidas.

En *Aurelia quiere oír*, de María Rosa Iglesias, esto se agrava por la hipoacusia que padece la protagonista, Aurelia, personaje ficcional en el que se conjugan rasgos, inquietudes y vivencias de la autora, que también ha sido una niña gallega migrante. Las comparaciones atañen no solo a la propia niña migrante, sino también a un entorno de otras mujeres que, en lugar de constituirse en modelos de imitación, pueden ser percibidas con vergüenza que refuerza la exclusión, por no encajar en los patrones de belleza y moda de las mujeres del lugar de arribo:

Ella odiaba que [su tía, también gallega y emigrada, con y como ella, en Argentina] la acompañase hasta la escuela: todos veían que su tía no era coqueta como las argentinas, ni estaba atenta a lucir moderna, espigada y bonita. Cuando nació Rafael [primo de la protagonista, hijo de su tía Mercedes], sintió vergüenza por haber sentido vergüenza, pero también culpó a Mercedes por no usar los blusones que se imponían para disimular la maternidad (Iglesias 2019, p. 102).

La voz narradora expone que el sentimiento de vergüenza está enfocado en el uso de un tapado de confección artesanal, que no se condice con la moda local y que se transforma, como una piel que acompaña y amolda a diversas circunstancias. Esto encubre, asimismo, una percepción disidente con respecto a la economía y, en ese sentido, en el sentimiento de vergüenza se arrastra una reduplicación de las etiquetas que otros le atribuían a la migración gallega. La niña migrante padece eso y, llegado un punto de desencuentro con su propia familia, se hace cargo y en alguna medida asume/acepta el señalamiento acusatorio que proviene de quienes estigmatizan al colectivo migrante:

Aurelia llegó a una conclusión: la tacañería de Mercedes se originaba en el intento de *seguir* en la aldea, en su imposibilidad de aceptar costumbres diferentes. Era una forma de resistencia a la integración y a tradiciones extrañas: no reconocerse en el nuevo espejo social era salvar el terruño y la memoria (Iglesias, 2019, p. 102).

Es interesante como, en un intento de comprensión y explicación de lo que ocurría con esa generación previa de mujeres, se da por sentado que su austeridad era tacañería, por lo cual, la comprensión espeja la descalificación contra la cual se está disputando. El delicado límite entre prudencia, ahorro, tacañería y el adjetivo (des)calificativo “amarrete” se difumina hasta hacer que los conceptos se acerquen y superpongan. Esto, lejos de ser un disvalor del texto –una suerte de “traición” de la protagonista a su entorno más cercano, a la mujer que la cuida– admite ser leído como un provocador desafío para atisbar la complejidad de esas designaciones, que difícilmente puedan sintetizar una caracterización global.

Ocurre además algo que ha sido observado por estudiosos de la confluencia entre migración e infancia. Puede parecer un tanto obvio, en principio, advertir que los niños se adaptan con más ductilidad que los adultos, pero, tomando esa afirmación como base, es interesante notar que el sentimiento de vergüenza al que nos hemos referido y el desprecio que viene asociado a ello se activan como un mecanismo de autoafirmación que suele darse en la segunda generación.

La rápida absorción de los niños de la nueva cultura provoca ciertos conflictos y tensiones concretos. Los niños pueden albergar sentimientos de vergüenza, de una intensidad que puede ser de vaga a intensa, en relación con ciertos aspectos del “antiguo país” y las costumbres “anticuadas” de sus progenitores (Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 2003, p. 132).

En la línea de incomprensiones o desencuentros de códigos, y de señalamiento crítico de diversidades, la literatura exhibe escenas que hacen que, pese a que haya un idioma compartido, resulte insuficiente para moverse en un mismo universo de decodificación de sentidos. Frente a esto, el riesgo es, una vez más, la marginación y el aislamiento.

Cabe señalar que la protagonista de la novela –que, insistimos, tiene coincidencias biográficas fundamentales con la trayectoria migrante de la autora y con su hipoacusia– conoce a su padre cuando tiene cinco años de edad, es decir, cuando realiza su propio viaje transatlántico. El padre había emigrado de Galicia a la Argentina con anterioridad, como se estilaba en función de la obtención de trabajo y de garantizar un bienestar mínimo antes del viaje de la familia. En este caso en particular, entonces, sumado a la muerte de la madre por una enfermedad durante el trayecto en barco, la tía pasa a ocupar la función de madre sustituta y, si bien el vínculo es amoroso y se tiene con la niña una atención dedicada, la interacción y las posibilidades de catarsis están más mediatizadas. El proceso de no reconocimiento en las actitudes, las conductas e incluso en los códigos vestimentales de la tía es enfrentado con una rebeldía menos evidente que lo que podría ocurrir con la propia madre, y los silencios se agravan y profundizan.

3.3. Violencia sexual silenciada en *La abuela civil española* (Andrea Stefanoni, 2014)

Pasando a otros silencios, aún más agudos, hay una novela que presenta un punto ciego muy notorio que, sin embargo, es dejado de lado por la narración, en un devenir de la trama que continúa desenvolviéndose casi como cómplice de lo obturado por la memoria comunicativa de la familia migrante.

La abuela civil española expone, mediante una narración en primera persona por parte de una nieta, el devenir de los abuelos que se trasladaron desde León (España) a la Argentina por diferentes motivos, entre los cuales la huida de una persecución contra el abuelo, cuya vida corría serio peligro, puede leerse como el factor más determinante⁶. En este sentido y por el detenimiento que implica la narración tanto en la abuela como en el abuelo de la narradora –que también ofrece, como en el caso de la novela considerada en el apartado anterior, guiños de identificación biográfica con la propia autora–, llama la atención que el título rescate solo la rama femenina. Si bien es cierto que la abuela está aún viva en el tiempo de enunciación del relato y es el disparador de la puesta en marcha de la narración, es innegable cierto efectismo en el juego de palabras del título.

La abuela Consuelo concentra la mayor atención ya desde el título y la relación entre abuela y nieta conforma un marco narrativo en el que predominan la admiración y cierto tono de homenaje en vida. Al rescate de una historia de superación, se reconstruyen los episodios de infancia de la niña que en las montañas de León prefería los días de nieve para poder ir a la escuela y, en esa reconstrucción, se configura todo un complejo universo de las infancias trabajadoras en la España de las primeras décadas del siglo XX. Se genera una empatía más que entendible con esa niña que fue la abuela. Su temprana orfandad y el maltrato de una madrastra redoblan el resultado de la construcción de un personaje

⁶ El abuelo Rogelio había engañado a falangistas y vecinos de la aldea que, en el contexto del estallido de la Guerra Civil española, apoyaban al bando sublevado y procuraban reunir armas para tal fin. El abuelo reunió las armas pero, en lugar de entregarlas a su contacto del bando sublevado que le había confiado la tarea, se escapó con ellas. Durante años, diferentes vecinos del pueblo, el propio hermano del abuelo, el cura y sobre todo su amigo, quien le había encomendado la misión, recuerdan el hecho como un enorme oprobio.

sufrido, plagado de carencias y rodeado de incomprendimientos. La boda con Gregorio, el nacimiento de una niña –Elvira, la madre de la narradora– y el desplazamiento a la Argentina vienen a resolver la situación –relativamente– y dejar atrás la difícil infancia en España. Ahora bien, por eso mismo, por la empatía con la infancia desprotegida, no termina de entenderse que el texto pase casi por encima un episodio grave y traumático como el de una violación perpetrada contra la hija de Consuelo.

La historia de migración que recorre el relato, en una retrospectiva que reconstruye la vida de la abuela Consuelo, ubica al matrimonio de Consuelo y Rogelio en la Argentina, después de un primer tiempo, en una vida que se llevará a cabo en islas del Delta del Tigre, lejos de la ciudad. La geografía de las islas, las crecidas de los ríos y el aprovisionamiento requieren aprendizajes y adaptaciones. Esa distancia y cierto grado de inaccesibilidad mantienen lejos cualquier fantasma de revanchismo que pueda proceder de España. El peligro de venganza parece haber quedado del otro lado del Atlántico, si bien incluso varios años después se reactivará el temor.

Las vecindades y los vínculos en la isla son trabajosos y escasos. La novela hace foco en varias individualidades. Son identificados rasgos y funciones de personajes esporádicos con una perspectiva algo distante, que no arroja una caracterización acabada. En ese panorama, quedan zonas de sombras sobre algunos personajes. La protección y el aislamiento en esa geografía no descartan que pueda haber amenazas cercanas. Un hombre que los adultos ven como un vecino servicial abusa sexualmente de Elvira (la hija de Consuelo y Rogelio, la madre de la narradora).

Como en el caso del apartado anterior, en el accidente de la niña de *Estuvimos cantando*, el hecho se produce a partir de un mandato –en este caso, materno– que no se quiere acatar. Hay una desconfianza, acaso también una intuición infantil y un miedo que Elvira expresa, pero su palabra no surte efecto:

Consuelo se acercó a su hija (...)

-Haz algo, por favor. Si no puedes ayudar aquí, ve con el bote y llévale a Villalba las herramientas que nos prestó. Sé buena...

-¿Yo?

-Sí, anda.

-No quiero ir.

-Estoy ayudando a tu padre con las colmenas. Iría yo, hija. Hoy sé buena.

-No puedo. Me da miedo... Villalba me da miedo, mamá.

-¿Miedo? Las abejas te dan miedo. Villalba te da miedo. Anda... Hazme el favor (Stefanoni, 2014, p. 216-217).

Es bastante curioso que se le pida a Elvira “Hoy sé buena”, pues se trata de una niña colaborativa, que ha aprendido a remar y es la ayudante de su padre para realizar, por ejemplo, una complicada mudanza de una isla a otra.

La madre le echa en cara el miedo a las abejas, pone en correlación ese miedo con el miedo a ir a ver sola a un hombre que la atemoriza y, sin tener consciencia de ello, la entrega a su violador. La fuerza física de Elvira, despareja en relación con la del hombre que va a abusar de ella, es además administrada para profundizar cansancio y minimizar posibles mecanismos de defensa. Introducimos esta cita algo extensa porque amerita una visibilidad que no tiene en el cuerpo de la novela, que pronto “pasa página” y va a otra cosa.

-¡Señor Villalba! Le traigo la caja que nos prestó...

Villalba, levantando un dedo, le señaló un espacio a sus espaldas.

-Podés dejarla en el galpón. Me duele la espalda. No podría cargarla.

Elvira no quiso alejarse de su bote. Quiso dejar la caja ahí y salir corriendo. Pero tenía que cumplir con el hombre, así como el hombre había cumplido con su familia. La levantó y casi la arrastró hacia el galpón. Cuando pasó por al lado de Villalba, el hombre siguió sentado y le dijo:

-Al fondo, por favor. Casi sobre la mesa larga. Te lo agradecería.

Elvira se movió con la caja. Tardó más a cada paso. Era pesada. Al final, cuando llegó a dejar la caja cerca de su mesa de trabajo, rodeada de herramientas, motores, hélices y sombras, la soltó y se dejó caer un segundo de rodillas.

Fue el segundo que necesitó Villalba para cerrar la puerta e ir tras ella.

Elvira pidió, gritó que la dejara. Villalba no la soltó. El hombre de los motores. El chofer de los niños.

El hombre que amaba a los niños. Hizo lo que ya tenía planeado hacía tanto. Y luego la dejó. La soltó. La arrojó al piso como si el piso fuera un precipicio.

(...)

Elvira, de once años, en movimiento, de repente, salió al muelle y (...) lanzó su cuerpo de niña a remar (Stefanoni, 2014, p. 217-218).

Por si todo esto no fuera suficientemente terrible, la llegada a la casa, lejos de implicar refugio y algún consuelo (valga la obvia pero necesaria paradoja de juego de palabras con el nombre de la madre de Elvira), trae un silencio atroz que una lectura no demasiado ingenua debe entrever como cómplice o por lo menos culposos, pero que no se comprende y que deja una brecha irresoluble de verosimilitud en la novela.

Se encerró en su cuarto.

Se metió en la cama.

Esa tarde, Consuelo vio a su hija. Consuelo notó algo. Consuelo no notó nada. No le hizo preguntas. El miedo de la niña, la angustia sobre lo que sabía o no su propia madre creció y creció por culpa y a raíz de una sola cosa:

Ni siquiera le preguntó si había podido entregar la valija con las herramientas.

Lloró con el dolor que late para siempre. Que creció con las ideas que cambiaron, que llegaron, y con el cuerpo. Se bañó las veces que pudo para quitarse de encima, ya tarde, al hombre que se metería en su cabeza para no dejarla en paz. Consuelo, ayudando todavía en las colmenas, abocada a la tarea durante los fines de semana, sin embargo, no volvió a pedirle colaboración por mucho tiempo. Aunque necesitara de ella. Y si le pedía algo, no podía hacerlo de otra manera que con el gorro puesto; los ojos detrás del enrejado (Stefanoni, 2014, p. 219).

La latencia de ese silencio tan cargado permanece en un capítulo subsumido en la historia macro, la de la abuela que da título al libro. Los lobos que constituían una amenaza para Consuelo cuando era una niña que pastoreaba ganado en los montes de León, animales a los que temía y contra los que había que desarrollar estrategias, devinieron falangistas peligrosos durante la Guerra Civil y, ya atravesado el Atlántico, se materializaron en otra amenaza que recayó sobre su hija y frente a la cual no hubo comprensión ni previsión suficiente para evitarla.

3.4. Entre la familia biológica y la familia en funciones. Concepciones *transterradas* de un injerto que fracasó. “En tierra de nadie / Todo lo que era mío”, de Marisa González de Oleaga (2019)

Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria, de Marisa González de Oleaga, Carolina Meloni González y Carola Saiegh Dorín, surge de un proyecto que en principio iba a ser oral, basado en entrevistas que dieran cuenta de experiencias de exilio tempranas. Las tres son mujeres nacidas en la Argentina que desarrollaron gran parte de su vida –la primera de ellas, a partir de los 15 años de edad, las otras dos, siendo niñas– en España, como consecuencia del desplazamiento de sus respectivas familias en el contexto de la última dictadura cívico-militar argentina. González de Oleaga buscó esas

conversaciones que darían lugar a los relatos y surgió un libro a tres voces, con distintas partes, estilos y vivencias de desarraigo.

Es interesante que, antes de las historias en sí, que presentan más o menos grado de ficcionalización, hay una introducción de la propia González de Oleaga que declara la voluntad de que esta práctica sirva a las infancias desplazadas de otras latitudes y épocas. El trabajo así se colectiviza más allá de la ya de por sí mirada poliédrica que presupone la realización tripartita.

Como muestra de que esta otra trayectoria geográfica de desplazamiento, la opuesta a la que venimos analizando en los ejemplos anteriores, también funciona para poner en evidencia resquebrajamientos en modelos familiares tradicionales o idealizados, es pertinente finalizar este recorrido con algunas afirmaciones de Marisa González de Oleaga. Ella no solo narra lo propio como propio, sino que compartimenta la sección del libro de su autoría entre relatos que emplean la primera persona (oscilante entre plural y singular, según sea más o menos compartido el sentimiento en cuestión), otro relato que usa una tercera persona y le atribuye las vivencias narradas a una tal Laura, otros relatos que también apelan a una narración en tercera, pero sin que se refiera un nombre... En fin, una técnica caleidoscópica con superposiciones y confluencias que pasan por el desarraigo y la sensación de no encajar.

La no pertenencia se manifiesta con claridad en una conceptualización que resume muy bien problemáticas familiares y le pone nombre a situaciones que fueron apareciendo en los otros textos.

El apartado “En tierra de nadie / Todo lo que era mío”, el del desarrollo narrativo de González de Oleaga, parece teorizar sobre la circunstancia de desacomodamiento familiar y lo hace en una sección titulada “Entre paréntesis”.

“Familia efímera” y “familia de emergencia” son las primeras etiquetas con las que la voz narradora colectiviza una percepción que más adelante en el texto irá abandonando el plural para marcar que eso se vive en singular, en soledad y en carne propia.

Aún no había palabras para nombrar lo que nos estaba pasando. En ese *intermezzo* de aire, agua y a veces tierra, en ese no lugar o lugar-en-medio-de-ninguna-parte formamos una familia de emergencia con la que soportar la pérdida de lo dejado y anticiparnos a la incertidumbre de lo que nos estaba esperando. Una familia efímera, como efímero era el tránsito entre los dos mundos. Un paréntesis. Espacio de desarraigo radical donde no había nada que conservar porque todo estaba perdido de antemano (González de Oleaga, 2019, p. 30).

La llegada a España y el intento de establecer relación con parientes de sangre a quienes no se conoce da lugar a una metáfora física que ya apareció antes en este artículo: la amputación. Así se procura explicar qué produce la distancia con los afectos:

De repente todos los vínculos afectivos –esos que nos constituyen y que hacen que seamos quienes somos– se vieron cercenados de cuajo, interrumpidos por once mil kilómetros de distancia y, en su lugar, el fantasma de un miembro amputado, que clama por memoria y se resiste al olvido (González de Oleaga, 2019, p. 30).

Cualquier paliativo es contraproducente y tomado como artificioso e inerte. De todos modos, es preciso advertir que, en esta denuncia de desarraigo, catártica en su conceptualización, no deja de haber una idealización de la familia “que está ahí, esperando nuestra llegada al mundo”. Esa familia testigo de la infancia no es una cosa estanca y definida de una vez para siempre. Veamos cómo se plantea el escenario:

De nada sirvió la aparición de una cohorte de familiares –de sangre– a los que nunca había visto y con quienes no tenía ninguna afinidad. La familia es esa parte de la historia propia que está ahí, esperando

nuestra llegada al mundo, que recibe alborozada nuestro nacimiento. Es la que, a pesar de las diferencias y los desencuentros, es testigo de nuestra infancia. No es lógico que aparezca quince años más tarde. Menos que lo haga creyendo tener derechos o demandando un afecto que nunca cultivó. Como era de esperar, *el injerto fracasó* y nunca más volví a hablar de la pretendida *prótesis de consanguíneos*, no los volví a ver y no los extrañé porque no se puede echar de menos lo que nunca se tuvo (González de Oleaga, 2019, p. 30, énfasis añadido).

No está de más observar que esa familia que alguna vez esperó alborozada puede convertirse también en una cohorte desconocida a lo largo de los años, y que la familia testigo de la infancia puede desaparecer más tarde, o sea que hay más movimientos que los que González de Oleaga enuncia, pero de todos modos interesa el “profundo rechazo a este acuerdo involuntario por el que la familia nos acoge no por ser quienes somos sino por ser parte de una filiación sobrevenida” (p. 31).

Contra una impostación o una solución protésica, la voz narradora exhibe un intento de balance que procurará alcanzar entre “la familia biológica y la familia en funciones”, con la certeza de que el equilibrio es imposible, pero con la determinación de encontrar, en ese movimiento, algún anclaje para ciertas dosis de amparo y sentimiento de pertenencia.

4. Conclusión

Las categorías que han aparecido en esta última textualidad invitan a la relectura de las novelas de trayectoria inversa contempladas en los apartados anteriores en este trabajo.

La conceptualización que aspira a nombrar lazos familiares signados por instancias de desconocimiento y desamparo surge en gran medida de los propios textos literarios, en los que las voces narradoras bregan por hallar formas de referir experiencias, incluso las más traumáticas y aparentemente inenarrables. Esto hace que, más allá de una tesis disparadora, no hayamos apelado demasiado a basamentos teóricos o categoriales *ad hoc*, sino a un rastreo de procedimientos y estrategias de elaboración literaria. Hay una zona de vacancia en la cual familias, mujeres, infancias y desplazamientos forzados requieren una atención no muy vista en las narrativas de migración, que se fijan en fenómenos de adaptación, aculturación, integración. Los textos literarios que cruzan a niñas, adolescentes y mujeres van demarcando su propia agenda y los términos en los que ella se constituye.

Por lo general ajenas al mundo editorial de las grandes ventas, como así también algo esquivas al mundo académico, estas obras brindan un terreno fértil para cuestionar características asumidas como dadas de antemano. Desarman la condición de relatos migrantes como historias de superación e integración. Muestran brechas en la conformación de los núcleos familiares y ponen en evidencia contradicciones y debilidades. La literatura permite dejar al desnudo algunas marcas de irregularidades, distancia y desprotecciones allí donde se supone que todo debería ser cobijo y empatía.

Sin ánimos de revanchismo ni de denuncias, el relato distanciado habilita la construcción de una verosimilitud menos pendiente de los hechos y de la posible reacción de personas reales que secundaron a ese *yo* recreado literariamente.

Seguir estudiando estos aspectos puede echar luz sobre casos pertenecientes a similares experiencias de desplazamiento, como así también sobre otras situaciones y momentos históricos que presentan elementos en común.

REFERENCIAS

- Alzate, N. (2019). *Infancias migrantes en la narrativa latinoamericana*. Tesis de doctorado. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Letras.
- Assmann, J. (2008). *Religión y memoria cultural. Diez estudios*. Buenos Aires: Lilmod. Trad.: M. Burello y K. Saban.
- Deffis, E. (2010). *Figuraciones de lo ominoso. Memoria histórica y novela posdictatorial*. Buenos Aires: Biblos.
- Díaz Viana, L. (2008). *Narración y memoria. Anotaciones para una antropología de la catástrofe*. Madrid: UNED.
- García Campelo, M. (2015). *Estuvimos cantando*. Buenos Aires: Zona borde.
- González de Oleaga, M. (2019). En tierra de nadie / todo lo que era mío. En M. González de Oleaga, C. Meloni González & C. Saieg Dorín, *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* (pp. 21-97). Temperley: Tren en movimiento.
- Iglesias, María Rosa (2019). *Aurelia quiere oír*. Buenos Aires: Paradiso.
- Stefanoni, Andrea (2014). *La abuela civil española*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Suárez-Orozco, M. & Suárez-Orozco, M. (2003). *La infancia de la inmigración*. Madrid: Morata.
- Villeda Erazo, B. (2023). Enfoque interseccional de las dinámicas de migración transnacional de niños, niñas y adolescentes. En L. Soto Alanís, J. Bracamontes Grajeda & L. Martínez Zertuche (coords.), *Migración, familia y desarrollo infantil* (pp. 13-29). México: Academia Nacional de Investigación en Trabajo Social.